

Baltazar Isaza Calderón: el tamiz españolista contra el cosmopolitismo neocolonial

Luis Pulido Ritter

La Academia como la aduana de la lengua

Desde muy temprano los intelectuales en Panamá comenzaron a definir una posición romántica para determinar qué era la cultura panameña. Fue un romanticismo institucionalizado que basaba sus fundamentos en la pertenencia a una cultura que rebasaba las fronteras de los estados nacionales. Esta posición romántica permitía, por un lado, establecer una frontera con respecto a la presencia anglosajona y antillana y, por otro lado, levantaba con el mundo hispánico una especie de frente, cuya cabeza era la tradición heredada, la española, y, especialmente, el lenguaje castellano. Ya Carlos Guillermo Wilson ha anotado que en un país, donde no hay un Chichén-Itzá o un Cuzco, que nutra el orgullo nacional, se “le ha dado importancia al idioma nacional como sustituto y casi como el máximo símbolo patriótico”(1975:152). Esta importancia del lenguaje, en el contexto de la posición romántica de construcción de la nación, fue parte de la restitución del espacio nacional (la ciudad de Panamá y Colón) que estaba envuelta en el proceso de modernización neocolonial. La restitución interna de la cultura nacional, como constructo de la nación, fue perfectamente coherente con la restitución de la soberanía nacional enajenada de la Zona del Canal. Ricardo J. Alfaro fue el intelectual-político panameño que personificó esta dualidad, entre la creación de un espacio interno protegido culturalmente y la realización de los intereses nacionales en la política exterior. Fue éste quien tuvo la idea y la voluntad institucional de formular la posición romántica del estado-nacional con la redacción del proyecto de la Academia Panameña de la Lengua que fue presentado en Madrid, en 1920:

“La República de Panamá, a consecuencia de la construcción del Canal por el gobierno de los Estados Unidos, y del establecimiento en su territorio de una jurisdicción extraña y una población de habla inglesa como la que habita en la Zona del Canal, es hoy día la Nación latina que se halla en contacto más íntimo y constante con los anglosajones y la que por tal razón está más sujeta a las influencias de una raza extraña que en lo referente a lengua, usos y costumbres, lejos de ser asimiladora, es por su poder y su riqueza decididamente absorbente. No obstante estas circunstancias, la República de Panamá, cuya alma nacional es esencialmente hispana, conserva y pugna siempre por conservar las instituciones, la lengua, las costumbres y las modalidades que pregonan su abolengo

español. Dijérase que por lo mismo que nos hallamos más próximos a influencias raciales extrañas, la lucha es en nosotros más viva y tenaz para el efecto de preservar nuestra fisonomía propia”(Boletín, 1970:11).

Este documento fue acompañado por una lista de los políticos e intelectuales panameños que podrían formar parte de la Academia¹. Lo que a primera vista parece hoy un documento xenofóbico o racista es, en verdad, coherente con el orden internacional posterior a la Primera Guerra Mundial. Para aquella época era un documento “normal”, que pertenecía a la ideología romántica de una nación, una cultura, una lengua, una raza (Hobsbawn: 1991). Era el orden wilsoniano. Seis años después, en 1926, Alfaro fue jefe de la primera representación diplomática panameña “para liberar a la nación de la carga agobiadora de la convención canalera de 1903” (De la Rosa: 1970, 41). Efectivamente, Diógenes de la Rosa, en su ensayo sobre Alfaro², atrapa magistralmente otra vez el espíritu intelectual y político que rodea esta época, marcada, según palabras de La Rosa, por el internacionalismo wilsoniano, resultado de la Primera Guerra Mundial (41). Este internacionalismo es el romanticismo cultural hecho política en la construcción de los estados nacionales:

“En la negociación de 1925 a 1926 Alfaro y sus compañeros de misión, los doctores Eusebio A. Morales y Eduardo Chiari encararon circunstancias ingratas y personajes hostiles. Rumbo hacia la preeminencia internacional a consecuencia de su participación en la primera guerra mundial, el imperio precoz de los Estados Unidos, como lo denominó Morales, desarrollaba una política exterior inspirada en un bifrente insularismo. Reaccionando contra el internacionalismo wilsoniano, intentaba disociarse de las complejidades de la política de poder en Europa, mientras custodiaba como campo de expansión exclusivo el continente americano” (41).

Bajo este clima político e intelectual, marcado por el fracaso de las gestiones panameñas, para la restitución de sus aspiraciones en la Zona del Canal, fúndase definitivamente la Academia Panameña de la lengua en 1926. Sus cláusulas establecen con precisión el ideario romántico de nación que comienza por la depuración del lenguaje (limpiarlo principalmente de galicismos y anglicismos), la recopilación de leyendas, coplas, narraciones populares (el folklore) y la preparación de una obra bibliográfica “de los autores antiguos y modernos que estamparon cualquier escrito en el territorio de la nación, desde los tiempos coloniales, con el objeto de conocer la historia de la imprenta panameña” (1970:18). Es decir, el documento es completamente conciente que, para la formación de la “comunidad imaginada”, fue necesario la imprenta, punto que ha

sido analizado tanto por Rodrigo Miró, para el caso de Panamá (1972), como por Benedict Anderson para América Latina (1983).

Sin duda alguna, el estudio de las realidades que se comprendían como nacionales en América Latina y, particularmente, en Panamá, si bien no fueron producto directo del orden wilsoniano, si estuvieron enmarcados por este orden mundial, cuya característica, tanto en Europa como en América, fue el estudio y la construcción de la cultura romántica para las naciones ya establecidas o emergentes. Aquel primer proyecto de fundación de la Academia Panameña de la Lengua, presidido por Alfaro, puede ser considerado como el primer manifiesto orgánico y moderno – incluso me atrevería afirmar de Vanguardia, más por su proyecto, que por su estética – de la ciudad letrada panameña, en el marco del estado-nación neocolonial, ya que determina el programa institucional, la agenda intelectual, política y literaria de esta generación de panameños que de este modo serían los primeros mandarines intelectuales en términos oficiales de la República. Igual que en otros países americanos para esta época, se convierte la cultura nacional, el “nacionalismo cultural y la vanguardia”, como señaló Jean Franco (1983:11), en la meta de construcción de lo nacional, que, incluso, integra a los indígenas en la nación, como se establece en el acta definitiva de fundación de la Academia en una de sus cláusulas de 1926 (1970: 18). Sin embargo, en este documento no hay referencia alguna a los negros, menos a un posible lenguaje criollo, donde el negro ha dado su impronta. No debe olvidarse que en otros países americanos, como lo fue en el caso de Cuba y Haití, descubrióse tempranamente – en los años veinte y treinta – el lenguaje criollo de los negros para el discurso romántico de nación (Pulido Ritter: 1997)³.

La Academia Panameña de la Lengua se constituyó como un filtro de la nación en la situación neocolonial que debería servir para conservar y depurar el lenguaje castellano. Pero, en verdad, no se trata del idioma. Se trata de la identidad de la nación en la situación neocolonial. Los mandarines, en la Academia Panameña de la Lengua, identificaron su misión protegiendo el lenguaje, punto romántico sobre el cual giraría los empeños para hacer resistencia “a influencias raciales extrañas”. De este modo, pues, ya está preparado el camino de Isaza Calderón que, en 1940, se integra a la Academia y que posteriormente sería su presidente. Si Rodrigo Miró levantó el catastro, el archivo, la clasificación bibliográfica de la nación romántica panameña, Isaza Calderón fue el teórico clave, españolista, de la vinculación de la nación neocolonial a la Gran Nación del lenguaje romántico del castellano. Todo su esfuerzo intelectual va dirigido a vincular a Panamá a una determinada tradición española, romántica, y su posición con respecto a Bello, con “su permanente prestigio como filólogo”, da fe de su americanismo en la filología (1967: 253). Pero en lo que en Bello es una reforma del lenguaje, haciendo comprensible las reglas gramaticales, bajo

su idea ilustradora de que la educación sea accesible para todos, y que se prestaba para los recién creados estados-nacionales en sus políticas de integración, tanto nacionales como regionales, conviértese en manos del romántico Isaza Calderón en un campo de batalla cultural que no debe perder de vista que “la lengua española está sujeta a una penetración lenta y progresiva – se refiere a “la poderosa influencia de la lengua inglesa y de la cultura norteamericana” – que amenaza seriamente la estructura, el léxico y la estabilidad del idioma. Salir al paso de este grave peligro es tarea de suma urgencia, y en ella deben empeñarse tesoneramente todos aquellos que ven en la unidad de su lengua un símbolo inapreciable de la nacionalidad” (50, 51).

Isaza Calderón convierte la filología en una política del lenguaje que le daría cuerpo al estado-nación, pues ve amenazada su integridad lingüística, tanto por la presencia norteamericana en la Zona del Canal, como por la inmigración antillana. Su extrañamiento del espacio nacional, en la ciudad de Panamá y Colón, lo lleva a construir un espacio propio y nacional, cuya tradición y marco lo encuentra en el lenguaje español, cuya cabeza es la madre patria con la Real Academia Española, que, según él, es la aduana idiomática (1976:16). No es de extrañar, entonces, que en este texto aparezca una cita de Menéndez Pelayo que románticamente afirma sobre Andrés Bello, lo siguiente: “fue el salvador de la integridad del castellano en América” (12). Si muchos escritores panameños, por el extrañamiento del espacio, que había provocado la situación neocolonial, recrearon de manera romántica mundos no urbanos (el cañaveral, el campo, el campesino, el indio, etc.), Baltasar Isaza, con la filología española, recreó un mundo romántico que le permitió escaparse y, al mismo tiempo, referirse a la modernidad neocolonial que rechazaba. Desde aquí se diseñó el proyecto nacional-romántico del lenguaje, un proyecto que también había servido en España, como en Alemania, cuna del romanticismo, para lograr la integración nacional. Efectivamente, los mandarines de la Academia sabían que el lenguaje, como proyecto de integración nacional, va paralelo, por un lado, al desarrollo de una industria nacional de producción y distribución de libros, periódicos y revistas, que permiten la creación de la comunidad imaginaria y, por otro lado, a la estabilización de elites que usurpan la idea de lo nacional, bajo prácticas y rituales de escrituras heredadas del humanismo⁴.

Pero en Panamá, donde los códigos de la cultura de letras nunca habían podido consolidarse, según los modelos clásicos europeos, provoca el estado de frustración de la elite de la escritura para usurpar el ideario nacional, aunque sí logra determinarlo significativamente en el sistema escolar y universitario. Esto es explicable tanto por la ausencia de una elite empresarial interesada en libros y la debilidad estructural del estado-nación neocolonial de conformar un mercado propio de producción y distribución de libros nacionales –aparte del

mercado relativamente seguro del sistema escolar- como por la dificultad de las elites de la escritura para responder a las exigencias de una cultura urbana, popular, heterogénea, tanto cultural como lingüísticamente. Esta frustración fue expresada por el mismo Isaza Calderón cuando era presidente de la Academia al ser recibido el edificio, que sería la nueva sede, y “cuyo estilo arquitectónico, enraizado en viejas tradiciones hispánicas”, daría el espacio para “mantener la integridad y nobleza de la lengua materna”:

“No ha sido fácil, ni mucho menos, este logro que hoy nos llena de satisfacción y nos colma de esperanzas. La vida de la Academia, huérfana de apoyos y recursos para mantenerse, ha sido durante años largos sobre manera azarosa, de muy débil acción en el ambiente. Es verdad también que instituciones como ésta, que tienen un carácter de elevada jerarquía cultural, no encuentran fácil acogida en medios como los nuestros, que no han adquirido una alta densidad espiritual que las sustente y vitalice” (Boletín, 1970: 62,63).

Efectivamente, Isaza Calderón identifica los síntomas del problema, pero no logra establecer las causas del mismo. Busca las causas en el ambiente, que, en parte, explica la marginalidad de la ciudad letrada en la situación neocolonial, pero no se detiene a discutir su propia condición epistemológica frente a la modernidad que trasluce también su dificultad e incompreensión con respecto a lo que sucede a su alrededor. En 1952, por ejemplo, aprovechando la visita de una compañía española de teatro, escribe:

Y sin embargo, el cine triunfa sobre el teatro. ¿Decadencia del teatro? No, por desgracia decadencia del público. Esta es la triste verdad de nuestra época, trágica por tantos conceptos. La aptitud y la preferencia hacia los espectáculos de grueso contenido revela cuan honda es la grieta abierta en el alma del hombre. Gracias a la destrucción de este sentido de refinamiento, de delicadeza espiritual, el mundo viene viviendo horas amargas, de sentido terriblemente aleccionador. El hombre se parece un poco o mucho a la máquina que le transporta, el automóvil; a la que manejan para extraer el sustento las clases obreras y técnica; a la que construye las películas y las reproduce luego; a la que fabrica tanques y cañones que servirán para hundirle en el abismo del no ser. El hombre-máquina del presente momento histórico muere como un esclavo de su propio artefacto mecánico. Lo cual nos coloca ante la urgencia de rectificaciones indispensables: hay que destruir la máquina y restaurar el hombre” (1957:160).

Esta posición frente a la modernidad, por un humanista tradicional, solo podía ver con aprehensión y desagrado el barco y el avión, que le permitía cruzar el Atlántico en unos cuantos días y horas, y en la actualidad el fax, la televisión y el internet⁵. No llega a concebir que el hombre no es una categoría innata, eterna, sino que también, como la máquina, puede ser una construcción discutible. En fin, esta posición puede comprenderse, bajo la mirada de hoy, como defensiva y conservadora, como fue prácticamente para todos los mandarines que giraban en torno a la Academia de la Lengua. Éstos no eran orteguianos, como lo fueron Diógenes de la Rosa y Roque Javier Laurenza, porque serlo – como eran las circunstancias en Panamá – significaba alejarse de la posición romántica de nación. El mundo intelectual como filólogo de Isaza Calderón se forma en la tradición humanista clásica, hispanista y católica. Es un mundo en el que predomina Menéndez Pelayo, el filólogo español, que fundamenta el edificio cristiano-renacentista de la identidad española, basado en el rechazo de lo que no fuera definido como español y católico⁶. Sin embargo, Isaza Calderón, en su ensayo sobre Menéndez Pelayo, quiere además romantizarlo al afirmar lo siguiente:

“La idea del lenguaje como signo distintivo fundamental de los hombres que integran una nación, formulada a su vez por pensadores alemanes de comienzos del siglo XIX, debió llegar también a Menéndez Pelayo...” (1967:96).

En efecto, el romanticismo alemán era la ideología de nación en boga desde la primera mitad del siglo XIX. Y posiblemente Menéndez Pelayo, a pesar de su rechazo de los bárbaros y del germanismo, no debió permanecer indiferente a la presencia de los románticos alemanes que ponían el lenguaje en el centro de sus preocupaciones de identidad de la nación. Lo que sí era claro, para el filólogo panameño, que esta concepción romántica era útil en su fundamentación de la nación. De aquí se puede derivar que si para Menéndez Pelayo lo español se afirmó con la delimitación de lo definido como no-católico, para Isaza Calderón no había otra posibilidad que definir su misión como crítico y educador en la defensa del idioma castellano en el Istmo, porque aquí había una prolongación de la tradición española, greco-latina, el renacimiento y el cristianismo no reformista. Su misión filológica es una especie de cruzada cultural, un fundamentalismo neo-colonial, justificado como defensa de una cultura denigrada. Esta cruzada, que estaba basada en el análisis geo-idiomático de la influencia del inglés en la región hispanoamericana, en la que países como México, Cuba, Puerto Rico y Panamá “sufren una presión mucho mayor que Colombia, Argentina o Chile”, define su misión hasta corporalmente, limpiar el

cuerpo de la nación de los elementos que la “contaminan” y la “ensucian”, cosa que lo acerca incluso a los paradigmas nacional-socialistas:

“Pues de tanta o mayor trascendencia que la higiene en el vestir, hábitos y costumbres, es el sentido de la pulcritud idiomática” (1957:53).

Esta posición se manifiesta a raíz de la publicación del *Diccionario de Anglicismos* de Ricardo J. Alfaro, diccionario que “habrá de ser un compañero de indispensable consulta, que les ponga al tanto del error y de las formas correctas con que la lengua española sale al paso de tan lamentables desviaciones” (54). Por otra parte, sabe que el “contagio” con la lengua inglesa es inevitable, “dada la interdependencia de las naciones en el mundo actual (56), pero, prácticamente, el único país que puede evitar toda “intromisión perturbadora” es España, por “su equilibrio cultural, característico de pueblos maduros” (52). Bajo este centrismo cultural, tan propio de la discusión en América Latina de los años cincuenta, que se planteaba entre universalismo y particularismo (Franco: 2001), lo particular en Isaza Calderón era la “gran familia hispánica”, cuya cabeza era representada culturalmente por España⁷.

La aduana del lenguaje, la Academia Panameña de la Lengua, ya tenía pues con el *Diccionario de Anglicismos* de Ricardo J. Alfaro un texto que nace al calor de la inserción de Panamá en la modernidad neocolonial. Su subtítulo define con precisión su programa “enumeración, análisis y equivalencias castizas de los barbarismos, extranjerismos, neologismos y solecismos de origen inglés que se han introducido en el castellano contemporáneo, y advertencia a traductores” (1950). Lo castizo se convierte, entonces, en una determinada selección de valor cultural que define un corte romántico y nacionalista de nación – aunque muy lejos de ser comunistas o algo parecido – muy acorde a la tensión cultural e ideológica producida en los primeros años de la Guerra Fría.

El cosmopolitismo como problema

En el texto *Estudios Literarios*, publicado en 1957, llama la atención la biografía de Isaza Calderón que comienza con la observación de ser “panameño de origen”. Aquí hay una recopilación de ensayos, cuyos dos primeros fueron escritos en 1947, año en que Rodrigo Miró publica *Teoría de la Patria*, Ramón H. Jurado *San Cristóbal* y Rogelio Sinán *Plenilunio*. La estructura ensayística revela la definición ya sentada de lo que es la identidad española: Quevedo, Cervantes, El Arcipreste de Hita, Menéndez Pelayo, Azorín, Unamuno, es decir, la presencia greco-latina pasada por el tamiz del cristianismo y el renacimiento. En su análisis de Quevedo, que trasluce indirectamente la selección de valor de

la situación neocolonial panameña, caracterizada por el comercio y los servicios, escribe:

“Sigue luego una pintura inspirada, con grandes aciertos artísticos, con las costumbres de los españoles del tiempo, contrastadas con las existentes en el pasado, que eran, en opinión del autor muy superiores, porque representaban un sentido cabal de moderación y honesta pobreza, tan distantes de la ostentación y codicia observadas en los días presentes. Aparte de que hombres y féminas supieron cumplir siempre con sus respectivos deberes, dentro de una austera concepción de la vida. *El dinero, las modas exóticas, el abandono del trabajo, la vanidad de las mujeres, las diversiones fáciles trocaron las virtudes de antaño en lamentable relajación*” (1957: 18, subrayado mío).

Efectivamente, el cosmopolitismo de Isaza Calderón no está aquí planteado, pero sí anunciado por los elementos que trocan las virtudes de antaño en la realidad española. Esta concepción aplicada a la realidad panameña, un país, cuya economía solo puede vivir de su vínculo con el mercado mundial, y que se vio asumida en la más grande corriente de inmigración regional, producida por la construcción del Canal de Panamá⁸, significó un corte radical de lo definido como lo no panameño: el cosmopolitismo. Pero, ¿qué entiende Isaza Calderón bajo este concepto? Primeramente, es necesario preguntarse si el romanticismo cultural de Isaza Calderón se forma bajo una discutible interpretación de la historia española y, especialmente, de Menéndez Pelayo. Precisamente la Edad de Oro en España fue una apertura hacia el mundo, un renacimiento de las artes y de las ciencias, acompañado por un desarrollo de las ciudades y del comercio⁹. La Edad de Oro fue el primer cosmopolitismo ibérico, después de la expulsión de los moros y de los judíos de la Península, que abre y cierra la entrada de una modernidad, acompañada por el descubrimiento de América – sueño tan renacentista – y la creación de la primera gramática del español. La España católica del siglo VXI – hasta la destrucción de la Gran Armada en 1588 – experimenta un auge económico, social y cultural, caracterizado por el movimiento humano y comercial de su vasto imperio. Su comercio con sus territorios de ultramar, como el comercio de las ciudades renacentistas italianas, tal es el caso de Venecia y Florencia, dieron un impulso a las artes, las letras y las ciencias en general. Este es un aspecto que olvida Isaza Calderón en su análisis de Cervantes y el Quijote, detenido solamente en ver en el renacimiento la preponderancia del ideal, el racionalismo y la glorificación del hombre (1967: 24). Su renacimiento, que está desprovisto de cosmopolitismo, es así cortado de su articulación histórica con la modernidad.

El romanticismo humanista de Isaza Calderón, con fuerte matiz rododiano, se basa en el rechazo de la modernidad neocolonial panameña, dominado por la zona de tránsito, aunque sabe – resignadamente – que es aquí donde se ha comenzado a definir el “destino” de quienes viven esta geografía¹⁰. El llamado cosmopolitismo es un rechazo visceral que no tiene parangón en las letras panameñas, con fuertes matices xenofóbicos – intelectualmente encubierto y justificado en la llamada defensa del lenguaje – y en su visión romántica de literatura nacional impregnada por el “acento vernáculo” (1953: 248). Este impulso romántico es tan radical que, el mismo Rubén Darío, que podría designarse como el primer cosmopolita hispanoamericano, por su apertura al mundo, sus viajes, su amplio bagaje cultural, queda convertido en un provinciano en la pluma de Isaza Calderón, esforzado en mostrar el hispanoamericanismo y el españolismo del poeta nicaragüense (Boletín, 1968). Si Rubén Darío ha quedado en la historia de las letras hispanoamericanas ha sido precisamente – sin olvidar su renovación estética – por romper el estrecho espacio cultural de a finales del siglo XIX.. No hay que olvidar que París, como lo formuló Benjamin, era la capital de aquel siglo (1970). Pero tampoco hay que pasar por alto New York, en caso de José Martí, y otras grandes ciudades hispanoamericanas como Buenos Aires para Darío Herrera, ciudades-puertos, abiertas hacia el exterior, vinculados al tráfico internacional de gente y mercancías. Esta dificultad con respecto a Darío, por parte de los románticos culturales, y, especialmente, con el modernismo en general, también se ve reflejado en Izasa Calderon cuando comenta la obra de Darío Herrera¹¹. Refiriéndose al modernismo, dice:

“Surgieron todos ellos al calor de un movimiento literario de extraordinaria resonancia, pero sin apoyar las plantas firmemente en la caldeada realidad de su tierra. Acaso por eso, al entibiarse el fervor modernista poca cosa quedó de aquel entusiasmo transitorio para el adelanto de las letras nacionales” (1953:254).

Por supuesto, para esta generación de críticos literarios, inmersos en la aspiración de creación de una cultura y literatura nacionales, el modernismo y, posteriormente, el vanguardismo, no entraba necesariamente en esta construcción. A sus ojos no eran lo suficientemente nacionales, porque concebían el estado-nacional – con su cultura propia y “vernácula” – el proyecto moderno después de la constitución de la república. Lo moderno, lo nacional en Panamá, fue mirar hacia el interior, refugiarse en sí mismo – el hogar de la patria y de la nación – y de aquí no debe ser extraño que se ha creado todo una mitología con respecto a las mujeres poetas. Son éstas las que mejor representan el hogar contra el foráneo y lo extraño. Las que mantienen la llama del calor nacional¹². Por

eso me atrevo a decir que la mujer poeta, como en el caso de Amelia Denis de Icaza, que representa a la nación panameña con su *Cerro Ancón* pertenece más bien a la ficcionalidad patriarcal que ha visto en este poema la usurpación del hogar nacional. Y el mismo poema *Patria*, de Ricardo Miró, pudo haber tenido como título *Madre*.

La relación problemática con el cosmopolitismo, dentro de la modernidad neocolonial, ha tenido en Panamá un reverso mucho más punzante y desgarrador que ha acompañado a la élite de la escritura por muchos años: su ausencia de confianza y complejo de inferioridad¹³. Se ha creído que en Panamá no se ha producido buena literatura o no a la misma altura de otros países hispanoamericanos. El complejo de inferioridad es explicable por la inseguridad epistemológica – resultado precisamente de la asimilación no distanciada de otros modelos – de comprender cómo ha actuado la modernidad panameña en el tiempo colonial y poscolonial. Si los marxistas (y algunos no marxistas), quizás la única excepción entre aquéllos es Ricaute Soler, se avergüenzan en Panamá por no haber tenido una burguesía industrial, donde vean proyectados en su realidad inmediata los textos clásicos que admiran, los intelectuales que se ocupan de la cultura han cometido cientos de veces un suicidio intelectual al no ver en el “suelo patrio” a un Goethe, a un Rubén Darío; a una Storni¹⁴. Y de aquí es posible explicar, entonces, que, en función de este complejo de inferioridad, de marginalidad y de subdesarrollo, hay, cuando no una aceptación mimética de “modelos importados”, una búsqueda y una cerrazón con respecto a lo nacional, lo criollo, lo telúrico, lo combativo, lo particular, que es realmente un mimetismo romántico, modelo ideológico fraguado en el siglo XIX y que se transforma en los múltiples discursos culturales de la postmodernidad nacidos a partir de la ficción cultural –los modelos – para las llamadas sociedades postcoloniales.

Para Isaza Calderón el rechazo del cosmopolitismo, que es la economía comercial y la degradación humana y, simultáneamente, la ocupación de una parte del país por una potencia extranjera, está cruzada por la presencia de la inmigración antillana, para no hablar de los norteamericanos, que “contagian” la lengua popular con sus anglicismos. Él asume de antemano que los *jamaicanos* “constituyen un grupo étnicamente difícilmente asimilable a los panameños genuinos” (1976: 21). Pero, ¿quiénes son estos panameños genuinos?:

“Porque en tanto la cultura iguala y tiende fatalmente a uniformar, lo típico, o sea el fondo ancestral que camina junto a nosotros como herencia recibida de nuestros mayores, delata lo que tenemos de esencialmente propio y constituye la auténtica reserva de esa alma antigua que no se quiere morir. Obsérvese la diferente que existe, desde este

punto de vista, entre los pueblos de nuestro interior y las ciudades terminales del canal. Mientras en ésta no subsiste ya, sino como mercancía un tanto extraña y pintoresca en el tráfigo cosmopolita que las caracteriza, ese mundo lleno de encanto, representado por nuestros trajes y costumbres típicas, aquellos pueblos, cuanto más alejados de la carretera y de las vías introductorias del progreso urbano, tanto más ricos se muestran en la conservación no adulterada del tipismo auténticamente panameño, y a ellos debe acudir, como a única fuente segura, para conocer los restos, de nuestra tradición legendaria” (1956: 113).

De aquí, entonces, que es perfectamente explicable su crítica positiva con respecto a *Plenilunio* de Rogelio Sinán. Si todavía en 1972 Rodrigo Miró escribía sobre *Plenilunio* que era un “logro a medias” (1972: 276), Isaza Calderón supo ver desde 1947 su universo literario que, aunque tuviera “fisonomía un tanto forastera”, por su elaboración estética, estaba insertada en el ambiente panameño. No era precisamente el ambiente rural de *San Cristóbal* de Ramón H. Jurado – novela ésta que ambos críticos evidentemente valoran positivamente –, pero sí el ambiente urbano, sujeto a la modernización neocolonial:

“Sólo que el área de observación se reduce a una zona dolorosa de la vida capitalina, en la cual andan mezclados influjos nocivos de procedencia extraña junto con flaquezas nuestras que nos corresponden más como signos de fatalidad geográfica que como engendro de insania aborigen. Se trata de esa turbia realidad, hija del cosmopolitismo, que hace de las ciudades terminales del canal, sobre todo en aquellas secciones más expuestas al tráfigo internacional, sumideros donde se recogen tristes residuos de la escoria humana” (1957:183).

La novela *Plenilunio* muestra precisamente lo que es el cosmopolitismo. Lo contrario de Rodrigo Miró, que no logra realmente aceptar al vanguardismo, por ese carácter urbano que pueden tener sus textos, Isaza Calderón ve en *Plenilunio* lo que quería ver: corrupción. Aquí está la prueba de lo que produce el cosmopolitismo, el urbanismo, la modernidad capitalista comercial. La modernidad panameña, que es determinada por su situación geográfica, es una “fatalidad histórica”. Según esta mentalidad, nada ha sido peor, para la formación de la nación panameña, que esa geografía expuesta al “tráfigo internacional”. Ya he señalado, en el ensayo sobre Rogelio Sinán y Ramón H. Jurado¹⁵, cómo historiadores, filósofos y críticos literarios han recreado la leyenda de la formación de la nacionalidad panameña en el siglo XVIII al finalizarse la Feria

de Portobelo. Según la leyenda, solo podía crearse una nación en la pauperización, sin movimiento de población y de mercancías.

Es, en este sentido, que la crítica del cosmopolitismo de Isaza Calderón, que es la crítica de la modernidad panameña, bajo su forma neocolonial, es el complemento del ruralismo – y del folcklorismo de Gil Blas Tejeira – que desarrollaba el novelista y ensayista Ramón H. Jurado. Sin embargo, la crítica del cosmopolitismo de Isaza Calderón no solo tenía como meta la revalorización de las zonas rurales, con su gente e historias, sino que pretendía con la misma hacer una crítica de la civilización moderna: la rapidez (que determinaba incluso, la producción literaria especialmente, de la novela y los estudios críticos) el anonimato, el desarrollo y crecimiento de las ciudades, la máquina, la razón práctica, la pérdida de los códigos tradicionales de comportamiento. Su crítica del cosmopolitismo lo lleva a buscar una tradición que se origina en España, un cristianismo pasado por el tamiz renacentista, y olvida que justamente no hubo mayor cosmopolitismo que en el renacimiento, puerta de entrada de la modernidad.

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1983): *Imagined Communities. Reflections on the Origen and spread of Nationalism*. London: The Thetford Press Ltd
- Alfaro, Ricardo J. y otros (1970): Primeras gestiones del Dr. Ricardo J. Alfaro, para la creación de la Academia, en: *Boletín de la Academia Panameña de la Lengua*, tercera época, número 5, p. 11-15. Ciudad de Panamá: Impresora Panamá, S.A.
- (1950): *Diccionario de Anglicismos*. Panamá: Imprenta Nacional
- Benjamin, Walter (1970): *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*. Venezuela: Monte Avila Editores, C.A
- Franco, Jean (1985): *La Cultura Moderna en América Latina*. México: Editorial Grijalbo S.A.
- (2002): *The Decline & Fall of the Lettered City. Latin America in the Cold War*. Cambridge, Massacusetts, and London, England: Harvard University Press.
- Herrera, Darío (1971): *Lejanías*. Panamá: Imprenta Amauta
- Hobsbawn, Eric J. (1991): *Nationen und Nationalismus. Mythos und Realität seit 1780*. New York: Campus Verlag
- Isaza Calderón, Baltazar (1957): *Estudios Literarios*. Panamá: Ediciones Cultural Panameña
- (1959): *Estampas de Viaje*. Panamá: Imprenta Nacional
- (1964): *Panameñismos*. Panamá: Imprenta Nacional
- (1967): *La doctrina gramatical de Bello*. Madrid: Imprenta Aguirre
- (1976): *El español en América*. Panamá: Editorial Universitaria
- (1968): *Integración de lo hispánico y lo autóctono en la poesía de Rubén Darío*. En: *Boletín de la Academia de la Lengua*, marzo, nr. 3, p.11-69, Panamá
- (1953): *Fundamentación histórica de la literatura de la República*, en: *Panamá*, 50 años

- de República, edición de la junta nacional del cincuentenario, p.245-256, Panamá
- Menéndez Pelayo, Francisco (1948): Historia de los heterodoxos españoles. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos
- (1956): Discursos. Madrid: Espasa-Calpe, S.A.
- Miró, Rodrigo (1972): La literatura panameña (origen y proceso). San José, Costa Rica: Imprenta Trejos Hermanos
- (1947): Teoría de la Patria. Buenos Aires: Impreso en la Argentina
- Mosquera de Martínez, Gloria Luz (1964): Darío Herrera, Modernista Panameño. Madrid: Imprenta Aguirre
- Moreno Davis, Julio César (1968): La presencia de Panamá en la filosofía americana contemporánea, en: Revista Lotería, nr. 156, p. 21-29, Panamá.
- Pulido Ritter, Luis (1997): Los dioses del caribe abandonan el museo. Panamá: Editorial Universitaria
- De la Rosa, Diógenes (1970): Ricardo J. Alfaro, historiador y sujeto histórico, en: Boletín de la Academia Panameña de la Lengua, octubre, nr. 5, p. 31-46, Panamá
- Sloterdijk, Peter (2001): Nicht gerettet (versuche nach Heidegger). Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag
- Wilson, Carlos Guillermo (1975): Aspectos de la prosa narrativa panameña (tesis de doctorado. Los Ángeles: University of California,
- Wong Broce, Carlos (1971): La vanguardia en la literatura panameña, en: Panorama actual de la literatura latinoamericana. Caracas: Editorial Fundamentos, p. 29-35

(pies de página)

¹ Pablo Arosemena, Harmodio Arias, Guillermo Andreve, Enrique Arce, Abel Bravo, Eduardo Chiari, Jephtha B. Duncan, Narciso Garay, Enrique Greenzier, Santiago de la Guardia, José de la Cruz Herrera, Ernesto T. Lefevre, Octavio Méndez Pereira, Ricardo Miró, Eusebio Morales, Belisario Porras, Juan B. Sosa y Nicolás Victoria Jaén.

² En este ensayo, Diógenes de la Rosa confirma que es uno de los pocos intelectuales en Panamá que no le da cabida a la ideología romántica, pero sí a su concepción orteguiana de nación, cuando escribe: “La mitología nacionalista se nutre de supersticiones como la de la misión trascendental atribuida a ciertos países y otras fantasías semejantes. *Pero lo cierto es que los elementos decisivos para la constitución de una nación son la voluntad de un grupo humano de unirse...*”.(subrayado mío, 34)

³ En su obra *Panameñismos*, que fue una recopilación de palabras panameñas realizada por Baltazar Isaza Calderón, se omite, por ejemplo, para la palabra Cimarrón, su significado de negro esclavo, fugitivo. Éste no fue integrado en los mitos de la nación romántica (1964).

⁴ En este aspecto, las reflexiones del filósofo Peter Sloterdijk, para el caso de Alemania, son sugerentes para repensar la marginalidad del quiebre de las prácticas de los viejos y nuevos filólogos. Según este autor, los humanistas, ante el empuje de los medios de comunicación de la sociedad de masas, que ha reemplazado las cartas de amigos, por los nuevos medios de telecomunicación, ha convertido las prácticas humanistas – cartas y libros – en una subcultura. Su tesis es que las sociedades modernas son post-literarias,

post-epistolarias y, consecuentemente, post-humanistas (2001: 306-307).

⁵ Pero en sus *Estampas de Viaje*, hace referencia en el prólogo a la “conquista del espacio celeste” en “estos tiempos apresurados” por la “audacia mecánica de las alas” (1956: 9).

⁶ “Desengañémonos: nada más impopular en España que la herejía, y de todas las herejías, el protestantismo. Lo mismo aconteció en Italia. Aquí como allí (aún prescindiendo del elemento religioso), el espíritu latino, vivificado por el renacimiento, protestó con inusitada violencia contra la *Reforma*, que es hija legítima del individualismo teutónico; el unitario genio romano rechazó la anárquica variedad del libre examen; y España, que aún tenía el brazo teñido en sangre mora y acababa de expulsar a los judíos, mostró en la conservación de la unidad, a tanto precio conquistada, tesón increíble, dureza, intolerancia, si queréis; pero noble y salvadora intolerancia. Nosotros, que habíamos desarraigado de Europa el fatalismo mahometano, ¿podíamos abrir las puertas a la doctrina del *servo arbitrio* y de la fe sin las obras? Y para que todo fuera hostil a la Reforma en el mediodía de Europa, hasta el sentimiento artístico clamaba contra la barbarie iconoclasta” (1948:45).

⁷ Aquí es pertinente afirmar que Isaza Calderón habla de “la gran familia hispánica” (54), recurso ideológico-histórico ya establecido por Menéndez Pelayo, cuando éste rechazaba la denominación de la península Hispánica, así: “Por lo que hace a la categoría de lugar, este libro abraza toda España, es decir, toda la península Hispánica, malamente llamada Ibérica, puesto que la unidad de la historia, y de ésta más que de ninguna, impide atender a artificiales divisiones políticas” (1948: 42).

⁸ Esta inmigración, por supuesto, estuvo impregnada por los llamados “jamaicanos”, término que en Panamá se utilizó para designar a los inmigrantes de las Antillas Inglesas.

⁹ El mismo Menéndez Pelayo era conciente que el Quijote, el libro de una nación y una época, solo pudo escribirse en el Siglo de Oro, “que había abierto nuevos rumbos a la actividad humana” (1956: 145).

¹⁰ “He pensado siempre que el Istmo de Panamá tiene características geográficas tan peculiares, tan circunscritas, que ellas solo marcan, acaso como en ninguna otra parte de la tierra, la existencia de un destino singular que si no estuviese decidido por los hombres, lo estaría ya por razones extrañas a la propia voluntad humana. Pocas veces se ha marcado, en la historia de nuestro planeta, a los habitantes de una determinada porción geográfica, una ruta de tan claros y rigurosos perfiles. De modo que los panameños no han hecho otra cosa, después de todo, que ajustar su conducta a un mandamiento histórico-geográfico del cual no podían ni pueden escapar” (1953:246).

¹¹ Por su parte, Gloria Luz Mosquera Martínez, citando a Rodrigo Miró sin nombrarlo, afirmó que en Panamá “se ha llegado a decir que es el escritor “menos panameño” que tiene la historia literaria de Panamá” (1964:101). Y Rodrigo Miró en un “escritor inexistente para la mayoría de los panameños”, sin embargo, se corrige cuando se da cuenta del error cometido con respecto a Darío Herrera, aunque confirma, efectivamente, como buen romántico, que la literatura nacional se define en función de su relación con el ambiente comprendido como nacional y, al mismo tiempo, no llega tampoco a provincializarlo: “por último, quiero aclarar y completar una afirmación mía poco feliz

inserta en los “apuntes sobre Darío Herrera”, por muchos aceptada y repetida sin crítica. Le calificué entonces como el “escritor menos panameño que se puede dar”. Quise decir, en rigor que en su obra no se percibe interés en subrayar, como digno de especial atención, el tema o ambiente panameños. Pero muchos de sus poemas, en especial sus sonetos, son claras descripciones de nuestro paisaje, y cuentos y crónicas suyos están ambientado en Panamá. Si eso no fuera suficiente, el espíritu cosmopolita que penetra toda su obra es característico de nuestra ciudad. Herrera representa, muy cumplidamente, lo que hay de universal en el carácter del panameño. Queda claro” (prólogo a Darío Herrera 1971: 7 y 22).

¹²Por ejemplo, Baltazar Calderón, que era muy conciente de la relación simbólica de mujer, patria, amor, erotismo, considera: “La historia literaria universal no ha recogido en sus páginas, hasta ahora, ningún movimiento literario femenino que tenga las proporciones del que advertimos, con satisfacción mezclada de orgullo, en los países hispanoamericanos. El despertar literario de la mujer, su triunfal ingreso en el mundo de las letras, es obra, no cabe duda, de la pléyade de inspiradas poetisas que ha surgido en la tierra fértil del nuevo continente” (1957:135). Y Rodrigo Miró, por su parte: “A este respecto es importante, y vale la pena estudiar el fenómeno, el hecho de que sea en la obra de nuestras mujeres donde la preocupación por el futuro amenazado de nuestro país aparezca con más viva frecuencia” (1947:113).

¹³ En este sentido, el filósofo Diego Domínguez Caballero sobre la necesidad de la búsqueda de lo panameño, afirmó: “Al realizar dicha operación, al mirarnos dentro, lo primero que encontramos es un SENTIMIENTO DE INFERIORIDAD, nacido de la conciencia de nuestra pequeñez como nación – hablando en términos geo-políticos – en contraste con la majestuosidad y adelanto técnico de la potencia ahincada en nuestro suelo. Pero no es solo eso; es también la circunstancia de nuestra historia que dio al Istmo una libertad política fácil, no ganada en los campos de batallas; sin sangre y sin mártires. Diógenes de la Rosa lo expresó claramente diciendo que “Panamá es un país sin martirios ni mártires”. Es pues, esa sensación de la “nada” que nos invade la que ha forjado aquél sentimiento” (citado por Julio César Moreno Davis, Lotería, 1968: 24).

¹⁴ Rodrigo Miró, como buen ejemplo de esto, escribe: “No tenemos nosotros, todavía, grandes poetas. Delmira Agustini, María Eugenia Vaz Ferreira, verbigracia, son logros difíciles, si es que no imposibles, en un medio literario carente de tradiciones fertilizantes” (1947:106). Puede leerse de Carlos Wong Broce, a pesar que da una definición muy interesante – que en cierta manera atisba y precede la discusión sobre la llamada “hibridez cultural” que es sugerente para hoy día – de lo que él llama *formas combinadas de la cultura*, lo siguiente: “También es verdad que nuestra literatura no es muy rica que digamos, no es una literatura que en cierta forma haya llegado a una definición, a una afirmación. Creo, sin embargo, que se comienza a estar en proceso de ello” (1971: 32). Y más actualmente, en la situación “marginalizada” de la literatura panameña en el debate postcolonial, tenemos por parte de Serrano Guerra, lo siguiente: “si bien la literatura panameña no está hoy reconocida por los textos oficiales como una literatura postcolonial, es claro que durante toda su trayectoria republicana – y antes – fue una literatura enfrentada a la colonia. Por ende, su temática ha estado imbuida, desde siempre, por la **reacción de la conciencia nacionalista colectiva** desde la periferia hacia ese

centro imperial de poder (háyase llamado España o los Estados Unidos)...”(2002:71).

¹⁵ Ver: *Postcolonialidad y dos clásicos narrativos en busca de la nación panameña*. San Cristóbal y Plenilunio. Tareas, 122, septiembre, pp. 110-134.